

En todos modos, digase lo que se quiera, cuando perdamos el juicio y finalmente derrotada el que cualquier compromiso, del concepto que sea, quede oculto tras el adorno más resignable y en su consecuente impotencia. Y esta es nuestra actual situación: El autoconvencimiento de una razón de impotencia. Tal es la pura verdad frente a la ingente cantidad de información que nos abruma y nos atemoriza.

EL PROGRESO DE LA POSESION

Todo el mundo es consciente (aunque estemos al día en todo y saturados de información, lo que -una vez más- nos demuestra que por mucho que conozcamos el problema nunca habremos de darle, por ese mismo motivo, solución alguna) de que se presta la mínima atención al entorno más próximo. El desinterés por una parte y la exagerada desviación informativa por otra, más la estentoreidad panfletaria en sucesos pertenecientes a países que, al parecer, nos superan (al menos así se nos expone) en problemas..., nos alejan de los conflictos propios como si ellos no nos pertenecieran por sernos ajenos a nuestro sueño o a nuestro miedo fingido en una fracasada fiesta momentánea con todo abalorio de papelería folklórica y promesas megafónicas.

Lo que más importa, en gran parte, a estos nuevos planteamientos sociales (ya en su ficción o realidad) es el progreso de la posesión. El tener, entonces, sí que nos ocupa un lugar. Según vayas tomando dominio de lo poseído te irás llenando de elementos que, al instante, te irán siendo innecesarios por la superación sobre ellos mismos o por tu obsesión consumista. Y de no tener ese lugar de almacenaje para su catalogación irás medio sirviéndote de ellos al no tener más remedio que desechar tanta miseria con el fin de que, al menos, no te entierren con tanta bagatela en tu propia casa. Pero lo que sí es cierto es que en ese progreso obsesivo de posesión olvidamos y desconsideramos lo más profundo -que no trágico- de la superficialidad (entendida en su concepción de inmediatez), lo mágico y lo adimensional de las cosas más pequeñas, a la vez que nos acicalamos con las ilusiones y los deseos más utópicos y confiados; porque las razón..., la esperanza y la ciencia nos la harán posible -algún día- cuando una sociedad perfecta... se rija por el pensamiento de los superhombres burocráticamente ejecutivos. Será -ello- cuando el poseedor confunda, totalmente, lo "bueno" con lo "tonto", y se diferencie aún más lo "malo" con lo "bueno". Conclusión, y al mismo tiempo inicio, de una sociedad fundamentada en el progreso por la destrucción. Si hubiera de ser así está claro, y sería primordial, que entre vivir en la imposición (engañosa promesa de una felicidad utópica) y la desposesión está la satisfacción de haber vivido intensamente y sin un obsesivo atropellamiento devastador (en progresiva aniquilación de una sociedad de consumo). Se producirá la diferencia cuando entremos en la consideración, por una parte, del progreso -negativo- de la